

EL JUEZ DE SUECA
Por EDUARDO CASAS HERRER

Copyright 2013 Eduardo Casas Herrer

Smashwords Edition

Todos los derechos reservados

Smashwords Edition Licence Notes

This ebook is licensed for your personal enjoyment only. This ebook may not be re-sold or given away to other people. If you would like to share this book with another person, please purchase an additional copy for each recipient. If you're reading this book and did not purchase it, or it was not purchased for your use only, then please return to Smashwords.com and purchase your own copy. Thank you for respecting the hard work of this author.

Licencia de uso para la edición de Smashwords

La licencia de uso de este libro electrónico es para tu disfrute personal. Por lo tanto, no puedes revenderlo ni regalarlo a otras personas. Si deseas compartirlo, ten la amabilidad de adquirir una copia adicional para cada destinatario. Si lo estás leyendo y no lo compraste ni te fue obsequiado para tu uso exclusivo, haz el favor de dirigirte a Smashwords.com y descargar tu propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo del autor.

INDICE:

[1.-El Juez de Sueca](#)

[2.-Epílogo](#)

[3.-Nota del autor](#)

[4.-Fotos de los protagonistas](#)

[5.-Sobre el autor](#)

EL JUEZ DE SUECA

Jacobo López de Rueda se quitó las pequeñas gafas sin montura y se frotó los ojos. Era un hombre delgado, con el pelo ya escaso a pesar de que no tenía más de cuarenta años. Lucía un cuidado bigote de puntas engominadas y barbilla partida por un hoyuelo.

Aquella mañana temprano, se encontraba tras su mesa, de gruesa caoba muy labrada, que llevaba muchísimos años en el Juzgado de Instrucción de Sueca y que seguiría estando cuando él ya se hubiera marchado a un mejor destino. Leía con preocupación los partes y denuncias que iban llegando de todo su Partido Judicial desde que habían empezado los conatos de revuelta hacía justo una semana, el once de septiembre de 1911. El día de autos se había declarado la huelga general y los sabotajes ya estaban empezando.

El juez pensaba, como tantas personas, que la Guerra de Marruecos — motivo inmediato del paro— era un gran error que el rey Alfonso XIII nunca tendría que haber cometido. Aún estaba fresco en la mente del país el desastre de 1898 y el ánimo combativo popular era muy escaso. El presidente Canalejas no parecía haber aprendido la lección que le costó el puesto a su antecesor, Maura, tras los sucesos de la Semana Trágica de Barcelona, en 1909, y seguía mandando a los quintos a morir en África, peleando por no se sabe muy bien qué.

Sin embargo, una cosa son las opiniones, que cada uno tiene la suya, y otra muy distinta son las leyes. Esas son iguales para todos, lo mismo para los amotinados de la Numancia de principios de mes —a él no le hubieran dolido prendas en fusilar a los seis, en vez de indultar a cinco de ellos— que para los jornaleros de Valencia que vivían y trabajaban bajo su jurisdicción. La labor del juez, lo sabía perfectamente, era que la gente de bien pudiera continuar con sus diarios quehaceres sin ser asaltados por los anarquistas, que no perdían ocasión de intentar derribar la sociedad y acabar con todo lo establecido.

Desde luego, pensaba, había muchas cosas que solucionar en España, empezando por una reforma agraria en condiciones que permitiera a quienes araban el campo poder tener una vida digna. Pero claro, si todos pudieran reunir las dos mil pesetas —el sueldo íntegro de muchos años de cualquier

agricultor y una suma que ni siquiera él, con su paga del Ministerio, podría juntar fácilmente— que costaba librar al hijo de la guerra, ¿quién pelearía entonces?

Todo eso le llevaba a muchas reflexiones para las que no tenía tiempo, porque su territorio se sumía en el caos y él era quien tenía que imponer la Ley. Él, porque la Guardia Civil y los carabineros estaban concentrados en Valencia, tratando de poner un poco de orden en una ciudad destrozada por los piquetes y el Ejército aún no había sido movilizado. Lo sería. Seguro. Cuando la revolución amenaza el orden, los soldados toman las calles. Siempre había sido así y siempre lo sería.

La ciudad estaba más o menos tranquila. Desierta sería la palabra, con casi todo el mundo encerrado en sus casas o en sus trabajos, pero el Partido Judicial incluía muchos pueblos de alrededor: Albalate, Benicull, Simat, Favareta y, sobre todo, Cullera, dónde desemboca el Júcar. Allí la huelga era otra historia. Los sindicalistas de la CNT campaban a sus anchas. El alcalde y toda la corporación local habían salido por piernas y con lo puesto. Afortunados podían considerarse de haber llegado a Sueca con vida, tal y como estaban los caminos.

En ningún país civilizado podían tolerarse esos desmanes y su función era impedirlos o detener a los autores de los que ya se hubieran cometido. Volvió a ajustarse la corbata, que había aflojado a medida que su preocupación aumentaba y se aclaró la garganta antes de hablar con su voz fina, pero enérgica:

—¡Secretario! ¡Venga aquí, por favor!

Fernando Tomás Pastor tenía las espaldas anchas, el pelo peinado hacia atrás y un grueso mostacho que no ocultaba una sonrisa sincera. Siempre vestía con pajarita. Levantó la cabeza del escrito que estaba acabando de redactar, con su letra pulcra y barroca, y cruzó la estancia hasta el despacho de quien le interpelaba.

—Dígame, señor juez.

—Mire, Tomás... esto no puede seguir así —dijo, agitando el cable que le acababan de entregar—. Han levantado casi un kilómetro de vía. El tráfico ferroviario está interrumpido. Se están cometiendo delitos en mi jurisdicción y es mi obligación investigarlo y detener a los culpables. Dado que no hay

guardias, habrá juez. Búsqueme al actuario y a un alguacil y haga los arreglos necesarios para partir inmediatamente.

—Como ordene Su Señoría —contestó, siempre disciplinado, antes de salir.

Su trabajo consistía principalmente en redactar las resoluciones que el magistrado le iba dictando. Estaba muy acostumbrado a trabajar con él. Tanto que, en muchas ocasiones, el dictante no tenía que hacer más que un gesto para que el escribiente supiera lo que tenía que poner. Los viajes tampoco eran una novedad y conocía al dedillo el procedimiento.

En vez de volver a su mesa, donde los papeles y la pluma le esperaban, se acercó hasta el alguacil que terminaba de repartir el correo y estaba organizando los documentos del Ministerio Público. Lucía un corte de pelo algo más largo de lo normal, también peinado hacia atrás, un bigote recto y una perpetua cara de espanto en su rostro, juvenil para estar a punto de cumplir los cincuenta. Se llamaba Antonio Dolz y era nativo de la comarca.

—Antonio —le dijo al llegar a su altura—, haga venir al actuario Beltrán y busque un coche ahora mismo para ir a Cullera. Vamos a instruir allí una causa por los hechos que están ocurriendo.

—¿Y tengo que ir yo, señor? —preguntó, asustado, el oficial subalterno.

Conocía de primera mano de lo que eran capaces los anarquistas y les tenía miedo. Era un hombre sencillo, que no entendía de política ni quería. Su trabajo le permitía mantener a su mujer y a su hija y con eso tenía bastante. Cierto, en ocasiones había que reducir a algún paisano que se ponía violento en la Sala, pero eso no distaba mucho de las peleas que todo el mundo había tenido en su juventud. Además, aunque no era corpulento, estaba en buena forma y sabía cómo hacerlo. Otra cosa era enfrentarse a la CNT. Era el sindicato más poderoso del país y se la tenían jurada a todos los que representaban la ley o el orden establecido. Habían matado a guardias civiles sin pestañear, tiraban bombas a las procesiones de Semana Santa... ¿qué mal habían hecho los penitentes? ¡Incluso habían querido asesinar al rey el día de su boda con la reina Victoria Eugenia! Antonio sólo quería que los suyos tuvieran pan todos los días, no acabar tirado en una cuneta con dos tiros en la cabeza.

El secretario Tomás se encogió de hombros

—Si no va usted, tendrá que ir otro alguacil. Eso es cosa suya.

Consternado, el buen hombre salió al pasillo, en busca del actuario que estaría en su cuarto del piso inferior, haciendo lo que fuera que hacía, como de costumbre. Dolz no entendía muy bien en qué consistía eso de “actuario” y seguramente no lo hubiera comprendido aunque alguien hubiera tenido la decencia de explicárselo.

En Sueca, el único funcionario que tenía ese cargo era don Primitivo Beltrán y Diego, un hombre de rostro alargado (a lo que contribuía su cerrada barba) con el pelo peinado con raya en medio, nariz grande y mirada lánguida. Casi parecía sacado de un cuadro de El Greco, de no ser porque de espiritual tenía poco y de práctico mucho. Las huelgas lo estaban enterrando literalmente bajo papeles, dado que su función era la estimación de riesgos sobre hechos por ocurrir y la valoración de costes en los ya ocurridos. Las compañías de seguros, muy nerviosas, no paraban de presionarle en uno u otro sentido.

Dolz llegó a la puerta y llamó con los nudillos.

—Adelante —rugió la voz bien temperada del actuario.

—Dice el señor secretario que suba cuando pueda.

—Está bien, Antonio. Ahora mismo voy.

A Beltrán le llamó la atención la palidez en el rostro del sencillo pero fiel alguacil. Conocía lo que estaba ocurriendo en Cullera en ese mismo momento, por lo que antes de subir ya sabía que López de Rueda le iba a requerir para que acudiera a aquel pueblo a cumplir su función sobre los daños causados y los que estuvieran por causar. Todos debían estimarse en su justa medida sobre el terreno. No le extrañaba que Dolz estuviera tan lívido. El viaje no iba a ser agradable, pero nada detenía al juez cuando sentía que peligraba la Ley. Era conocido por su severidad, pero nadie en el pueblo podía decir que fuese injusto o fiel a la letra de las disposiciones en vez de a su espíritu.

Recogió sus papeles y subió al piso de arriba. Lo que se encontró no era ni más ni menos lo que se esperaba. López de Rueda se estaba poniendo una camisa de malla debajo del chaleco. Encima de la mesa tenía su revólver, fabricado en Eibar por los Hermanos Orbea, del calibre treinta y dos, con cinco cartuchos en el tambor y una caja de cartón roja con el resto de la munición al lado.

—¡Ah, Don Primitivo! —saludó el juez—, pase, por favor... Fíjese usted lo que está pasando... cada telegrama que me llega es más alarmante que el anterior. Por no hablar de las noticias que ha traído el tren correo, claro. Y esto a primera hora de la mañana. Coja usted lo que necesite y vayámonos lo antes posible a Cullera. Aquí tenemos que poner orden.

El alguacil Antonio Dolz no lo estaba pasando nada bien. Las casas de postas de la ciudad estaban cerradas. Los carreteros, encargados del transporte de mercancías y personas entre pueblos y ciudades, llevaban ya una semana en huelga y los dueños de carruajes y monturas tenían el miedo reflejado en sus ojos. En todos los sitios se encontraba la misma respuesta.

—No, Antonio. No hay coches ni cocheros para llevaros. Y ten cuidado que no se enteren los del sindicato, porque son capaces de abrirte en canal como a un pollo.

—¡Pero si tienes el sitio lleno!

—Aún no te has enterado de lo que es una huelga, ¿verdad?

Cada vez que doblaba una esquina, a pesar del buen tiempo, sentía un escalofrío en la espalda. Esperaba encontrarse a un pistolero de la CNT que le volase la tapa de los sesos. No ocurrió: el pueblo seguía casi vacío. Algunas mujeres que limpiaban los portales o daban de comer a las gallinas que picoteaban el suelo de tierra de las calles, lo miraban con cara de extrañeza, como preguntándose qué hacía un señor con traje y sombrero por la calle un día tan convulso como aquel. Si le tenía poco aprecio a la vida o qué.

El alguacil se creía en ese momento con la facultad de leerles la mente, porque él también se preguntaba si no estaba arriesgando demasiado el pellejo por algo que ni le iba ni la venía.

Se desvió de su camino, de cochera en cochera, para acercarse a casa. La esposa, con el mandil atado, sucio de las tareas del hogar, limpiaba el portal con el esmero que se esperaba de toda vecina que no quisiera ser conocida como una cochina por sus paisanas. Había humedecido el suelo con agua arrojada con la mano desde un cubo, en forma de salpicones, y después se

puso a barrerlo con una escoba con cabeza de paja. De esa forma evitaba las nubes de polvo que de otra manera se habrían formado.

—Toni, qué mala cara haces —le dijo como saludo, con la sinceridad que dan tantos años de compartirlo todo, hasta los pensamientos.

—No es para menos, mujer. El juez se quiere ir a Cullera. Con la que está cayendo.

—¡Madre del amor hermoso! ¿Y no puedes negarte?

Se quitó el sombrero y se sentó en una silla que sacó del patio bajo de la humilde casa de una sola planta en la que vivían.

—¡Pa qué! Si no voy yo, tendrá que ir otro. No soy de los que reculan cuando me aprietan, ya lo sabes tú.

—¿Y pa cuando es ese viaje?

—Ya mismo, en cuanto encuentre un coche que nos lleve.

—¿Que no los puedes encontrar? ¡Si están todos en sus casas!

—¡Quiá, mujer! Dicen que están en huelga y nadie se atreve ni a sacar a pastar al caballo.

—¿Pues sabes lo que te digo? Que si no hay coche, no hay viaje. Que se aguante un poco el señorito estirado —eran las palabras que usaba para denominar al juez.

—Mujer... Siempre estás igual. Sabes que no puede ser y no puede ser. Hay que conseguir un coche y así se hará.

—Pues si tanto lo quieres, ve a hablar con el Polit. Falta le hace el dinero y nunca le han gustado los anarquistas esos, o como se llamen.

El alguacil se puso en pie. Se sacudió los bajos del pantalón y volvió a calarse el panamá de copa plana y ala corta, dejando la frente despejada, como solía.

—Pues iré a ver si con él tengo más suerte. Y mujer... —le dio un beso en la mejilla, para lo que tuvo que volver a descubrirse la cabeza—, si algo va mal, acuérdate que siempre os he querido. A ti y a la hija.

—Anda, anda —respondió la señora, un poco azorada por haber sido besada en plena calle, aunque estuviera vacía— no seas agorero. Que siempre eres un agorero. Tú cuídate y vuelve pronto. No te juegues la vida por las locuras del señorito, que eso no es cosa tuya.